



## Los niños frente al conflicto social: una perspectiva desde la psiquiatría infantil

### Children facing social conflict: a perspective from child psychiatry

Claudia Patricia Guzmán L.<sup>1</sup>

Después de escuchar las historias de David y Laura, intento interpretar como nuestros niños y adolescentes perciben la realidad social que vivimos día a día en nuestro departamento y quizá en otras regiones del país. David creció con sus abuelos, luego de que sus padres se separaron. Tiene tan solo 14 años, su rutina preferida es salir a marchar en las jornadas de protesta, en el marco del paro nacional. Durante la entrevista, relata: “mi familia no quiere que salga tanto a la calle, pero yo me siento bien, hay peligro, pero tengo mi parche y entre todos nos cuidamos, en este país no hay futuro para nadie, ni estudio, ni trabajo, ni un salario que alcance, mi abuelo tiene una pensión que no alcanza, si uno se muere, al menos hizo algo importante, por eso no hay miedo” (1).

Más tarde ingresa a la consulta Laura, ella tiene 9 años, relata que en las noches tiene pesadillas y no duerme bien, me pregunta ¿usted cree que los policías son malos?, mi papá es policía, me miraba como esperando un comentario. En ese momento empecé a analizar que sus certezas, así como las de tantos niños provienen de sus historias familiares, del quehacer pedagógico que interactúa con su pensamiento infantil, del barrio en el que habitan, si son campesinos, indígenas, estudian en colegios privados o públicos, son producto de sus interacciones y las relaciones de su cotidianidad.

---

1 Universidad del Cauca, Departamento de Pediatría, Facultad Ciencias de la Salud, Médica Peditra. Popayán, Colombia.

**Como citar este artículo:** Guzmán CP. Los niños frente al conflicto social: una perspectiva desde la psiquiatría infantil. Revista de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad del Cauca. 2021;23(2): 64-66. <https://doi.org/10.47373/rfcs.2021.v232.2063>

Más allá de los factores biológicos, genéticos o de su bioquímica cerebral, el ambiente puede determinar reacciones y juicios, que interaccionan con sus propias historias de vida; en esa caja negra de cada individuo donde la complejidad del drama social deja huellas. Cuantas veces, nuestras palabras como padres, educadores, profesionales de la salud, en el inmenso valor discursivo representan para ellos una validación de sus sentimientos y emociones, ayudan a acrecentar sus incertidumbres, hostilidades, sentimientos de discriminación, angustia y pueden atenuar o incrementar sus pulsiones de muerte (1).

En los últimos años, todos los colombianos, adultos y niños, hemos sido saturados de información de la protesta social en las redes sociales, generando preocupación, confusión y desesperanza por doquier (2). Es inevitable no vislumbrar de forma desoladora el panorama de nuestro país, con toda la ola de destrucción y violencia que se ha generado desde muchos sectores, desatando reacciones de odio y rencor. Como adultos hacemos nuestras propias disertaciones acerca de los hechos y los diversos actores del conflicto, en contraposición, cuando observamos a los niños escolares, su preocupación vital consiste en tener un espacio lúdico, contar con sus cuidadores y expresar a través del juego sus emociones, así se unen nuestros niños en espacios donde confluyen diferentes ideologías, niños ciudadanos, de procedencia rural, de diversas etnias, culturas, sin vestigios de odio de clases.

¿En qué momento aprenden a odiar, a discriminar, a violentar? Quizás sus historias de vida puedan ser influenciadas por nuestro discurso, cada vez que lanzamos como adultos comentarios despectivos hacia grupos minoritarios, dejándonos permear del rencor que llevamos ante la pobreza y la desigualdad, haciéndolos partícipes de la expresión emotiva de nuestros pensamientos, replicando cada frase y comentario, que sin fundamento recopilamos del inmenso repertorio que nos proporcionan las redes sociales. Desatando escenarios conflictivos desde el mismo entorno familiar, donde incluso los miembros de una misma familia se confrontan por sus ideales políticos o sociales; los menores son espectadores silenciosos de la violencia, de cada palabra expresada y cada actitud que asumimos, donde damos un valor cuantitativo y no cualitativo a muchos aspectos de la vida, dando más importancia al tener, que al ser. Desconociendo los principios morales, por ejemplo, si un rico o un pobre roban, los dos son ladrones, que la violencia está mal independientemente de quien la ejerce, que el trabajo honrado debe recibir un salario justo y que podemos reclamar nuestros derechos, mientras no se violenten los derechos de los demás, realidades desdibujadas en el sentir de nuestros jóvenes.

En este mundo de incertidumbre, donde gestionar el pliego de peticiones de los paros, resolver los problemas de corrupción y desigualdad social no está en nuestras manos, por lo menos debemos propender por utilizar nuestro único recurso personal: el lenguaje. Este debe ser inclusivo, sin términos peyorativos, evitando transmitir a nuestros hijos, pacientes y conocidos comentarios llenos de odio, proporcionado desde el hogar espacios de reflexión, diálogo, de protección a la vida y la dignidad humana, evitando replicar los métodos violentos y el odio de clases.

Esta transformación exige un cambio individual, donde seamos capaces de acoger, orientar y resignificar el sentido de la vida de nuestros jóvenes, reconstruir sus ideales, crear fortalezas ante la adversidad. Esto permite activar mecanismos de resiliencia, rechazando todas las formas de violencia contra nuestros niños, niñas y adolescentes, para que puedan construir su futuro desde las bases. Ojalá con el mejor soporte familiar y social posible y no fruto de experiencias traumáticas; nuestros niños no deben experimentar una inocencia interrumpida por la crueldad y la falta de empatía (3).

Que el sentido de vivir no se pierda y sea la muerte quien cobre valor ante la desesperanza y la confusión, validada por el grupo social que cataloga como héroes a tantos jóvenes que sacrifican su vida en medio de la lucha por el cambio. Que no sean los más pequeños y aún -los no nacidos- quienes terminen como víctimas inocentes de la intolerancia (2). Es trabajo de todos escuchar las narrativas que plantean nuestros niños, ayudar a sanar sus heridas, propiciar espacios de diálogo, de escucha y de inclusión.

## REFERENCIAS

1. Berenstein I. La Noción de Vínculo. En: Berenstein, editor. Del ser al hacer: curso sobre vincularidad. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós; 2007. p. 105-124.
2. Hazaki C. Modo cyborg. Niños, adolescentes y familias en un mundo virtual. 1ª ed. Buenos Aires: Editorial Topía; 2019.
3. Kaes R. Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo. 1ª ed. Buenos Aires: Editorial Amorrortu; 2010.
4. Bastos A, Czalbowsky S, Páez E. El reto de la psicoterapia en internet. 1ª ed. Madrid: Editorial Psimatica; 2017.